

SABATO, VERNE Y YO

Tirado sobre la cama mi cuerpo descansa plácidamente. Los minutos andan y avanzan inexorables hacia la otra orilla de la noche. Falta poco. La madrugada empieza a contemplar mi sueño. Las dos primeras horas han quedado atrás. Un lejano kikiriki anuncia que estamos llegando a la hora tres. Me envuelve el silencio. El intenso frío de la alborada se filtra por las cobijas y acaricia suavemente mi piel. Mi cuerpo no responde a ningún estímulo cercano. Estoy dormido. Mis músculos están anestesiados por el dardo del sueño. Siento en la pantorrilla derecha el ligero chuzón de una pulga que pretende cenar con mi sangre. Escucho el lejano zumbido de un zancudo revoloteando cerca de mi cara. Hago un suave movimiento pero sigo dormido. El sueño me roba cualquier posibilidad de defenderme de aquel visitante. Estoy flotando en el río de la penumbra. Avanzo decidida y tranquilamente hacia el amanecer del segundo día de febrero. No es nada extraño... simplemente estoy dormido. Espero a que salga el sol. Un enigmático silencio me acompaña. Un ruido encantador y misterioso arrulla mi sueño. Es el silencio de la noche. Es el ruido de la madrugada. El ruido y el silencio se confunden. No se sabe quien es quien. Entre aquel silencio y aquel ruido sobresale un toc, toc, toc Nadie en la casa se mueve. Nadie debió escuchar que golpearon. Todos estamos dormidos. Aquel Toc, toc toc sonó lejano para mi. Ningún músculo de mi cuerpo se ha despertado por el ruido. El silencio prosigue. La calma continua.. .diez. . .veinte... treinta... cuarenta segundos mas. El silencio

nuevamente es violado por otro fuerte toc, toc, toc acompañado de un violento grito. Un grito flemático, ronco y cargado de irreverencia ante la tranquilidad de la penumbra mañanera.

-Abran que es el ejército.

De un salto quedo sentado en la cama. Jesús mi hermano sale rápidamente y baja a abrir el portón.

-Nadie se mueva- grita un capitán mientras bajo de la cama presuroso.

Todo es muy rápido. Varios soldados han copado la casa. Cinco de ellos encañonan en su alcoba a mis padres. Otros cinco cubren la alcoba donde duermen dos de mis hermanas. Cinco más están en la alcoba de mis tres hermanas menores. Cinco armas apuntan contra mi. Un soldado empuja a Jesús quien cae sentado sobre la cama al lado mío. Compartimos con Jesús la alcoba. Ahora compartimos el “cautiverio”.

Cinco soldados milimétricamente distribuidos, copan la escalera. En la planta baja hay por lo menos diez soldados cubriendo el patio, otros diez cubren la sala, otro grupo va al comedor, y otro al baño y a la cocina.

Muchas armas y muchas botas para tomar, de manera inexplicable, por asalto el sueño

tranquilo de una familia desarmada.

El frío es más intenso que hace un rato. Una leve llovizna comienza a golpear rítmicamente los tejados. Siempre me ha gustado el arrullo cantarino de la lluvia en los tejados. Ahora no... Ese golpe se ha convertido en extraño y macabro cómplice de la acción de los soldados.

Estamos en prendas menores. Agarrados a nuestra cama. Aquel “nadie se mueva” del capitán fue como un baldado de agua helada que ha paralizado nuestros cuerpos y nos ha dejado inmóviles como un aditamento mas de la cama. Estamos prisioneros en nuestra cama, en nuestro cuarto, en nuestra casa.

Yo tiemblo. Jesús tiembla. Todos temblamos. El frío penetra por nuestros poros y se siente calando nuestra piel hasta invadir lentamente nuestros huesos. El miedo aparece como un taladro perforando nuestra nuca. Una extraña vibración recorre nuestra médula espinal diseminando pequeñas e infinitas explosiones de terror en cada pedazo de nuestro cuerpo.

Un mayor del ejército alto y un poco gordo se para en el punto fijo del segundo piso. Desde allí domina con su mirada las cuatro alcobas. Mira hacia ellas. Un bombillo le pega con su luz en la cara proyectando algunas sombras siniestras en su faz. Puedo observar cómo un montón de pelamenta erizada que tiene por bigote se agita para dar paso a un flemático grito.

-Alistar cédulas o tarjetas. Vamos a ver que clase de sujetos son ustedes-.

-Mayor, qué es lo que pasa-. Interroga mi madre -qué buscan aquí! !somos gente de bien!
!somos trabaja....

-Cállese vieja pendeja que las preguntas las hacemos nosotros cuando nos de la gana-. El grito del mayor es como un machetazo que corta las palabras de mi madre.

Mi padre interviene para dirigirse a ella.

-Cállate María. Esperemos a ver que quieren estos...-. Nada más se escucha. Solo suenan las botas, las chapas y las charreteras de los militares. Un capitán identifica a cada uno de nosotros.

-Cédula... nombre... número... cuál es su oficio... en dónde... qué más hace... quédese donde está y no se mueva.

Con su fusil G-3 terciado en bandolera, el capitán se aproxima hacia mí. Me mira fijamente. Tiene una cicatriz en la cara a la altura del pómulos izquierdo. Se le dificulta mirar por aquel ojo. No es tuerto, pero tiene el ojo un poco cerrado. La cicatriz es de color rojo oscuro y un poco fea. Parece una cremallera de cinco centímetros de longitud. Parte en diagonal desde el centro del párpado inferior hacia la patilla izquierda. Qué cicatriz tan impresionante. Su

tono rojizo le da un aspecto siniestro. Parece uno de aquellos piratas de mar cortado en algún duelo con espadas.

-Usted- grita el capitán- Deje de mirarme la jeta y deme su cédula.

-Si mi teniente. - respondo un poco tembloroso por la actitud agresiva del capitán.

-Capitán gran pendejo... se nota que le sacó el cuerpo al servicio militar pues no sabe distinguir entre las barras de un teniente y las de un capitán... la cédula...

En la pequeña baranda de los pies de la cama acostumbro a dejar el pantalón cuando me acuesto. De un bolsillo de atrás saco una vieja billetera que me regaló mi abuelo Andrés. Tomo la cédula y se la paso al capitán.

-Tome capitán.

-Nombre.

-José Rodríguez.

-Número.

-Diez y nueve millones trescientos cincuenta y seis mil cuatrocientos veintiocho de Bogotá.

-Cuál es su oficio.

-Soldador.

-En dónde.

-En una fábrica de estructuras metálicas al occidente de la ciudad.

-Qué más hace.

-Nada más. Entro a las seis de la mañana y salgo por la tarde a las tres. El trabajo es muy pesado... A propósito, tengo que salir de aquí a las cinco para ir a trabajar. Trabajo de lunes a viernes y hoy es viernes.

-Eso a mí no me importa. De aquí no se va nadie hasta cuando se nos dé la gana. Entendido?.

El capitán se dirige a confrontar la identidad de Jesús. Un soldado me indica con su rifle que debo pararme contra la pared. Al otro lado de la alcoba. Lejos de la cama.

¿Cuál será el motivo del allanamiento? ¿Qué buscan? ¿Se llevarán a alguien? ¿Pero a quién? No creo que alguien de la familia esté metido en problemas... Mi padre y mi Madre son más conservadores que Álvaro Gómez y los otros dirigentes del partido conservador juntos. Mi hermano mayor es un poco toma trago y desordenado con su vida. A propósito, hace dos noches que no se queda aquí. Parece que está de romance con una mujer casada. Sigo yo... Pero, solo me dedico al trabajo. Mis hermanas estudian y ninguna tiene ni ha tenido comportamientos extraños o de delincuencia. Jesús estudia y además es muy chino tiene trece años... y... ¿si buscan mafiosos?... ¿narcotraficantes?... Oh... no... ¿Pero aquí?, buscarán guerrilleros?... ¿Pero porque aquí? Ninguno de nosotros posee elementos que reflejen algo de personalidad política. Creo que es mejor preguntar... hum... ahí viene el mayor. Parece que él es el jefe.

-Mayor- digo temeroso.

-Silencio- contesta la voz flemática del mayor.

-Porqué allanan nuestra casa- insisto.

-Cállese la jeta que ahora sabrán qué queremos- grita el mayor escupiendo a continuación en el piso. Su erizado bigote se vuelve a agitar para dar paso a otra orden. Se dirige a los soldados.

-Registren todo.

Empieza el movimiento. Dos soldados se dirigen a la cama. Le dan vuelta al colchón y lo botan sobre el piso. Con sus bayonetas lo rasgan a lo largo. Como si fueran una gallina buscando lombrices en la tierra los soldados empiezan a escarbar y a sacar mota del colchón tirándola en el piso. El colchón es viejito. Tiene tres o cuatro remiendos. Hay incluso una parte que me talla en la espalda cuando duermo. Está pidiendo cambio... Pero es mi colchón. Ahí duermo. En él he pasado parte de mi vida. Ante la acción de los soldados pierdo el control o tal vez venzo el miedo y les grito

-Soldados porque se tiran el colchón... ughghg

Un golpe en el estómago ahoga mi grito. Me doblo hacia adelante. Tomo mi estómago a dos manos. Me acurruco un poco. El fuerte dolor continúa. Alguien hala de mi pelo y me obliga a enderezarme. Es el capitán. Observo su siniestra cicatriz. Aproxima su cara a mi cara. Me mira fijamente mientras me sostiene por el pelo y grita salpicándome la cara con saliva mientras va bajando el volumen de su voz

-Cállese la jeta y quédese quietico contra la pared... es mejor que no la cague, ¿sí?... Todo hasta ahora va bien... pórtese bien...

Suelta mi pelo y me da un fuerte empujón. Me estrello contra la pared. Escucho que mi

madre grita.

-No maltraten al muchacho-.

Permanezco quieto. Mis hermanas lloran aterradas. Se oye como si corrieran camas y cajones en las otras habitaciones. Suena el golpe seco de un disparo. De una ventana caen vidrios rotos a la calle. El grito del mayor se escucha por encima del estruendo.

-Silencio partida de hijueputas. Otro grito más o cualquier movimiento y disparo contra ustedes.

Se presenta una tensa calma. Se escucha la lluvia golpeando en el tejado. Debo estar muy pálido. Tiemblo de pies a cabeza. Escucho el llanto ahogado de mis hermanas. No sé cómo están mis padres. Deben estar tan asustados como yo. Jesús llora. Contiene sus sollozos. El disparo no hirió a nadie, pero sirvió para asustarnos más. El mayor disparó contra la ventana imponiendo en forma brutal su orden. Todos tenemos miedo. No queremos morir de un tiro en nuestra casa. Preferimos esperar el desarrollo de los acontecimientos. El miedo nos doblega. El miedo nos tiene callados. Solo se llora en la casa. Por miedo estamos como momias escuchando los ruidos macabros del allanamiento. Por miedo seguimos prisioneros en nuestra casa. En nuestra alcoba. En nuestra cama.

El ruido es confuso. Suenan tablas. Están desarmando las camas. Salta mota de los

colchones rasgados a bayonetazos. La ropa que estaba guardada en baúles debajo de las camas, ahora, está regada en el piso. Los soldados la patean y escarban en ella buscando quien sabe qué diablos.

El tac, tac, tac, tac rápido y continuo que sonaba donde mis padres suena ahora en mi alcoba. Dos soldados con sendos bolillos golpean centímetro a centímetro la pared como si buscaran un hueco, una puerta secreta o una falsa pared... sabrán ellos que buscan...

En la planta baja hay movimiento. Hay ruido. Sobresale el golpe seco de un hacha. Un golpe... otro más... ¿será en la sala? ¡no puede ser!... si ... creo que es allá... Un olor a tierra húmeda sube por la escalera. Lo alcanzo a percibir... no lo puedo creer... ¡Están levantando el piso de madera en la sala! ... ¡Esto es el colmo! ... ! Intento moverme. Siento en la sien derecha el frío y duro metal de la boquilla del G-3 que tiene un soldado. No ha dejado de mirarme durante la operación.

-No se mueva mano, porque mi mayor se emberraca y es capaz de ordenar que le disparen. Estese tranquilo... colabórenos y sobre todo colabórese usted...

Aunque no es un discurso para tranquilizar a nadie intento seguir el consejo del soldado.

Por la ventana de mi alcoba veo las dos terceras partes del área del patio. Varios soldados con azadón o barretón en mano remueven la tierra tratando de encontrar algo. ¡Qué ingenuo

soy! ¿Qué no sé qué buscan?... ! Claro que si.

Hace un mes un grupo guerrillero le robó al ejército más de cinco mil armas. Emplearon para ello un túnel a través del cual ingresaron desde una casa vecina hasta una bodega del cantón... Las armas, supuestamente, fueron distribuidas entre militantes y amigos de ese grupo. Desde el día que fue descubierto el robo los diarios y noticieros solo hablan de allanamientos, detenciones, caletas encontradas, cárceles del pueblo, más detenciones, más caletas encontradas con armas del cantón, más allanamientos, es como una cacería de brujas...

- Ja ja ja que ingenuo soy.

-De que se ríe pendejo- grita el soldado arrimando de nuevo su G-3 a mi frente.

-Ustedes buscan armas de las del cantan cierto? - le pregunto al soldado.

-Si... ¿sabe donde están?

-Claro. Aquí hay como veinte o treinta fusiles de estos y otros más.

-En dónde. En dónde están-. Grita el soldado sediento de información. Sus cejas se levantan. Se agrandan sus ojos. Y su oído espera escuchar la noticia que lo hará quedar

como un verdadero sabueso ante sus superiores.

-Son las que ustedes tienen terciadas

Sus ojos se tornan brillantes. Su rostro parece de felino herido. Grita rabioso y jadeante

-Me está mamando gallo gran marica de mierda?

-No soldado, no... Discúlpeme... Es que las únicas armas que hay aquí de uso privativo de las Fuerzas Armadas de Colombia son las que ustedes trajeron. Las que ustedes tienen....
Aughughgh....

-Malparido-. Grita el soldado después de pegarme un bofetón en la cara -Péguese a la pared y deje de joder o no respondo.

Doy media vuelta y me fijo en las pequeñas fisuras del ladrillo. Estoy a pocos milímetros de él. Veo diminutos caminos que salen de puntos inciertos, se cortan entre sí. Se bifurcan y se vuelven a cortar. Siguen bordeando alguna piedrita y se pierden en las aristas deformes del ladrillo para volver a terminar en puntos inciertos de donde vuelven a salir otros caminos para cumplir con un extraño y repetitivo ciclo.

El incidente con el soldado me tranquiliza. Respiro profundo y despacio. Vuelvo a sonreír. Aquí no hay nada. Ni caletas. Ni armas. Ni libros “prohibidos”. Nada de lo que buscan.

Nadie es subversivo. Pueden revolver la casa todo lo que quieran. No encontrarán nada. No podrán detener a nadie.

El allanamiento continúa. El día se filtra poco a poco por las ventanas de la casa. La lluvia es ahora más recia. El mayor sigue dando órdenes y preguntando

-Qué han encontrado?... -Nada?... Pasen a otra pieza... y... Busquen bien... Se quedan dos soldados aquí... teniente...

-Ordene mi Mayor.

-Revise los libros... ya sabe cómo es ¿cierto?

-Como ordene mi mayor.

Entra un teniente de civil con su fusil terciado en bandolera. Lo observo bien. El cañón de su arma apunta hacia abajo. El teniente es joven. Delgado. Un poco más alto que yo. Su pelo crespo y bastante descuidado le enmarca por la parte superior el rostro. Los pómulos se ven ligeramente hundidos. Su cara es delgada y alargada. El mentón se desvía un poco hacia la izquierda. Viste un raído saco de lana color crema y un desteñido pantalón de pana color café. ¡Qué vestido tan ridículo!... El saco le queda pequeño y la manga del pantalón le da a media canilla. Sus medias negras tienen el elástico cedido. Alcanzo a observar sus

tobillos. Sus zapatos negros brillan escrupulosamente. Le han comido poco a poco las medias. Se ven como seis o siete centímetros de sus canillas peludas y huesudas. Se parece a Tribilín, el de las tiras cómicas después de varios días de ayuno.

-Estos libros de quién son.

-Cómo teniente?

-De quién son los libros?

-Son de la casa. Yo respondo por ellos. Soy quien los organiza.

Hace como siete años un experto carpintero nativo del Vaupés vivió en la casa. Le regaló a mi padre un hermoso ropero de madera en color natural y terminado con sellador lijable. El ropero tenía dos metros de largo por metro y medio de ancho. Eran dos listones laterales apoyados sobre una base para guardar zapatos e implementos para su limpieza. La parte superior era un tablón de setenta centímetros de ancho por metro y medio de largo. El mueble era sólo para colgar vestidos de paño o ropa de antemano puesta en perchas. Este bonito ropero duró sin utilizar un año aproximadamente. Hacía mucho estorbo. Ocupaba bastante espacio y daba un aspecto más desordenado a mi alcoba, donde mi padre lo había acomodado pues no fue posible buscar otro sitio para aquel ropero. Nunca tuvimos los vestidos suficientes como para colgarlos en él. El baúl donde se guardaban los libros estaba

atestado. Era ya difícil consultar un libro. No había donde guardar cuadernos y revistas.

Un día, con palos de escoba y tablas de una cama vieja decidí convertir aquel ropero en biblioteca. Poco a poco la biblioteca crecía. Libros de estudio. Clásicos de la literatura. Libros de pasatiempos matemáticos. Revistas de crucigramas. Artículos de prensa. Cuadernos de colegio... estaban hasta hoy en el ropero.

Ahora el teniente coge libro por libro. Revista por revista. Cuaderno por cuaderno. Revisa cada cosa de pasta a pasta... página por página. Se detiene en algún texto subrayado. Lee o aparenta leer. De vez en cuando pregunta.

-Quien rayo acá...

-Yo teniente- ó -así estaba cuando lo compré. Fue un segundazo- y los va tirando al piso. Unos por el lado izquierdo. Otros por el lado derecho. Veo caer la Biblia. Historia contemporánea de América. El otoño del patriarca. Español en acción. Biología segundo año de bachillerato. La alegría de leer. Física recreativa. Álgebra de Baldor. El Divertido juega de las Matemáticas... un cuaderno... Otro ... y otro más. Una revista... otra... y otra más.

Hoja por hoja. Página por página los libros eran revisados... El teniente leía cualquier papelito o pétalo de flor que encontraba en algún libro.

-Que significan estos números?

-Nada especial... son un promedio de mis notas en el colegio

-Quien es Luisa?- Preguntó mostrándome el nombre escrito en un seco y rojo pétalo de rosa

-Una compañera del colegio de hace como tres años

Y continuó buscando y botando libros, cuadernos y revistas al piso. Nada le llama la atención. En la casa no hay caletas. No tenemos armas ni libros “prohibidos”. A nadie se pueden llevar.

-Que alivio. - suspiré

-Como dice? - preguntó el teniente

-No teniente... que estoy tranquilo... ¿Ve?... no hay nada raro aquí... eso me tranquiliza...

-Espere que terminemos todo el operativo... no cante victoria- y continuó buscando en la improvisada biblioteca.

En el recodo de la escalera debe estar el mayor escucho su voz ronca.

-Qué encontraron? ... Nada? ... Ustedes ... Nada? ... y ustedes?

-Ya casi termino mi mayor. Me faltan cinco libros y no he encontrado nada sospechoso.

-Muy bien teniente... continúe... pero busque bien

Todo va a terminar. Dejo llenar mis pulmones de aire. Cierro los ojos. Quiero respirar tranquilo. “tome aire... suelte.... respire.... suelte... otra vez..., suelte” ... Un agudo dolor en la patilla derecha interrumpe la relativa tranquilidad. Abro los ojos. Veo la horrible cicatriz del capitán. En una de sus manos hay varias fotografías tamaño postal. Su otra mano tira fuerte de mi patilla. Ahyy que dolor... Es la risa del tigre.

-Ahyy capitán. Qué pasa. Ayayay capitán.

-Conoce a este.

-No capitán.

-Y a éste.

-Tampoco capitán... ayayayay.

-A esta.

-No capitán.

-Y a este viejo.

-Tampoco capitán. ayayay.

-Seguro que no los conoce?

-Seguro capitán. Suélteme. ayayayay.

- A esta vieja tampoco?

-No capitán... no se quiénes son

-Son los que se robaron las armas. ¿Los han visto por aquí por estos barrios ... diga ... los conoce?

-No capitán. Ya le dije que no. Suélteme por favor ayayayay.

-Que encontró capitán- grita el mayor desde la escalera.

-Nada mi mayor.

-Entonces vámonos. Que nadie se mueva durante los próximos quince minutos mientras nos retiramos ¿entendido capitán?

-Si mi mayor.

El capitán suelta mi patilla. Sus labios dejan escapar con lentitud una palabra. -Malparido-. Da media vuelta y sale de la alcoba.

El teniente que está revisando los libros se reacomoda en su puesta. Se pasa el dorso de la mano por la frente. Suspira lentamente. Toma aire otra vez mientras me lanza una rápida mirada de reojo. Lo miro fijamente. Su boca se abre para gritar.

-Mayor venga un momento.

Un ligero hormigueo sube por mis pies. Invade mi cuerpo. El corazón aligera sus latidos. La respiración se entrecorta. Llevo las manos abiertas a la cara. Cubro mi rostro con ellas. Las palmas aprisionan mis ojos. En un gesto de nerviosismo incontrolado se deslizan bajando por mi cara. Las yemas de los dedos pasan fuertemente por mis ojos. La voz flemática del mayor se deja escuchar.

-Qué pasa teniente- dice desde la puerta.

-Encontré estos dos libros raros mi mayor.

Libros raros... Cuáles libros raros. Mis ojos quedan libres. Veo los libros. No distingo los títulos. La mano del teniente se estira para entregarle los libros al mayor. El los toma. Lee mentalmente el título de cada libro. Pregunta

- ¿De quién son estos libros?.

-Son míos mayor- responde mi voz entre cortada por el miedo.

-teniente...

-Ordene mi mayor.

-Póngale esposas a este sujeto y tráigalo con cuidado. Que lo acompañen cuatro soldados... puede ser peligroso... no podemos confiarnos

-Como ordene mi mayor.

De la pretina del pantalón el teniente saca las esposas. Se aproxima y me dice.

-Póngase un pantalón y una camisa. Nos vamos ya.

Tiemblo de pies a cabeza. Un sudor frío recorre mi cuerpo. Empiezo a ponerme el pantalón

que había dejado desde anoche a los pies de la cama. Junto a él está una camisa de manga corta. Lentamente meto una mano en ella. Luego la otra. Abotono la camisa. En mi garganta siento una pesada congestión. El aire circula con dificultad. Algo presiona desde mi estómago hacia arriba. Debe ser un grito. La congestión en la garganta lo derrota. No puedo ni gritar... Todo parece mentira... Ahora actúo como un autómeta... Escucho la voz del teniente diciendo

-Póngase unas chancas, tenis o unos zapatos pero rápido que tenemos que hacer... no vamos a tirarnos todo el día con ustedes...

Del desorden que quedó debajo de la cama, saco, entre las motas del colchón, unos zapatos estilo apache que usaba cuando estaba en la casa... meto los pies y amarro nerviosamente cada zapato. El teniente se aproxima. Me hace una seña para que me ponga de pies. Toma mis manos. Pone la primera esposa. Pasa las manos por mi espalda y aprieta la segunda esposa. Un dolor intenso taladra mis muñecas.

-Vamos- grita el teniente mientras pretende empujarme. Estoy en la mitad de la alcoba. Recorro rápidamente con la vista el desorden que ha quedado. No entiendo por qué me detienen ¿Qué libros encontraron Dios mío?.

-Vamos- grita el mayor. Da media vuelta. Sus manos están atrás. Tiene en ellas los dos libros. El teniente me empuja. Doy un paso. Miro los libros. Quiero leer los títulos. ¡ya!. Los leo mientras el mayor baja los primeros peldaños de la escalera. No puede ser. ¿Por

estos libros me detienen?

“El Túnel. Ernesto Sábato” leo en un libro. “Viaje al centro de la tierra. Julio Verne”. Leo en el otro. Alcanzo a observar el reloj en la muñeca del mayor. Son las nueve y cuarenta y cinco de la mañana. El teniente me vuelve a empujar. Salgo de la alcoba. Bajo las escaleras detrás del mayor. Sigo confundido. No entiendo qué tienen que ver estos libros con mi detención. ¿Qué pasa?

Después de largas siete horas de allanamiento, la lluvia continua golpeando los tejados. Se inicia la partida. Desde las puertas de las otras alcobas alcanzo a ver los rostros de incertidumbre de mis hermanas y de mis padres. Nadie dice nada. Nadie pudo decir nada. No dejaron tiempo para decir nada. No dejaron decir nada

Se inicia la partida y solo se escuchan las botas y las charreteras de los militares que abandonan sus sitios de observación o de operación y suben ayudándose unos con otros, a cada uno de los más de diez vehículos militares que vinieron a llevarse, sin razón alguna, dos libros de una improvisada biblioteca.

Cuando la puerta de la casa se cerró detrás de mí, vi desde ella el movimiento de varios militares que descendían de las tejados de las casas vecinas, mientras de la zona verde del frente de la casa, varios militares salían presurosos guiados por un sargento que les indicaba la forma rápida de abordar sus vehículos.

Mas allá de esa algarabía, una multitud de gente distribuida en los puntos cardinales que permitían una vista especial para no perder ningún detalle de aquel operativo militar trataba de entender qué estaba pasando. Todos tenían la mejor tribuna posiblemente, pero nadie sabía lo que pasaba, solo los que sentimos la partida y seguíamos sin entender...

JOSE VICENTE CONTRERAS JULIO